

Tema 10. Santa Helena y el hallazgo de la Santa Cruz

La conversión de San Constantino el Grande y la promulgación del Edicto de Milán que estableció la tolerancia religiosa en el Imperio romano, fueron acontecimientos que en definitiva marcarían la historia de la humanidad y por supuesto, de la Iglesia. Ciertamente Constantino no fue el único que abrazó el cristianismo, pues también lo hizo su madre, Flavia Julia Helena.

Santa Helena nació en Drépano en Bitinia, Asia Menor, hacia el año 250. Fue conocida por haber sido emperatriz romana como esposa del tetrarca Constancio Cloro, quien se divorció de ella en 292. El hijo de ambos, Constantino, llegó a ser emperador y así Santa Helena llegó a tener un importante rol en la corte.



Santos Constantino y Helena, «Iguales a los Apóstoles»

Tanto San Ambrosio como Zósimo, hicieron énfasis en el origen humilde de Santa Helena, recalcando que provenía del nivel social más bajo del Imperio. Habría acompañado a Constancio Cloro en sus campañas por Serbia, –donde nacería Constantino, específicamente en Naissus (Niš)– Tréveris y York.

En la época de Constantino, quien gobernaría hasta el 337, se volvería una práctica común la peregrinación a Tierra Santa. La emperatriz, ya mayor, movida

por su piedad, decidió emprender la travesía para dar gracias a Dios por su hijo Constantino y poder caminar por los mismos lugares donde caminó Cristo. Este viaje a Tierra Santa aparece detallado en las obras de Eusebio de Cesarea, Sozomeno, Sócrates de Constantinopla, San Ambrosio, entre otros.

Estando en Jerusalén, Santa Helena mandó hacer excavaciones en varios lugares hasta dar con el Calvario y la Cruz donde había muerto Jesús. Tanto Rufino como Teófanos y Sócrates de Constantinopla aseguran que a la emperatriz le fue revelado en un sueño que debía ir a Jerusalén y descubrir la Santa Cruz, que se encontraba enterrada donde se había construido un templo de Venus. Ella haría destruir el templo pagano y ahí hallarían las tres cruces.



Exaltación de la Santa Cruz

Según los relatos de Sócrates de Constantinopla (Historia Eclesiástica, I, 17) y de Rufino (Historia Eclesiástica, X, 7), para descubrir cuál de las tres cruces era la de Jesucristo, el obispo San Macario de Jerusalén pidió acercar cada una de ellas a una mujer enferma que estaba a punto de morir. Tras haber tocado dos cruces sin

efecto alguno, la tercera, la cruz del Salvador, hizo que la mujer recobrarla la salud inmediatamente, quedando claro que esa era la cruz donde murió Jesús, la Cruz Vivificadora.

En el lugar de este hallazgo, el emperador Constantino mandó construir un templo, la Basílica del Santo Sepulcro. También es sabido que durante su viaje Santa Helena hizo construir –siempre con el permiso del emperador– dos templos: la Iglesia de la Natividad en Belén y la Iglesia de Eleona en el Monte de los Olivos, el lugar de la Ascensión de Cristo. Asimismo, a su regreso habría llevado consigo parte de la Cruz y otras reliquias, quedando el resto en Jerusalén.



La Basílica del Santo Sepulcro, Jerusalén

Santa Helena habría fallecido hacia el año 330, en compañía de su hijo el emperador. Fue sepultada en el «Mausoleo de Helena» en la Via Labicana, a las afueras de Roma. Su obra, al igual que la de San Constantino el Grande, marcó decisivamente la historia de la Iglesia y la contribución de ambos a la expansión de la fe cristiana los hacen dignos del título de «Iguales a los Apóstoles». De aquí en adelante, el Imperio romano iría directo hacia la total cristianización y Jerusalén, especialmente la Basílica del Santo Sepulcro, apareció como el principal lugar de peregrinación para los cristianos de todo el mundo hasta la actualidad.